

carácter de la que Abenjaldún expone y defiende, se escribiese un libro como los *Prolegómenos*, en que se plantean ó sugieren casi todos los problemas que luego, entendidos de muy diverso modo, han venido á constituir la preocupación principal de los historiadores modernos.

## II

### El problema del genio y la colectividad en la Historia <sup>(1)</sup>

La diferencia entre las teorías modernas y las antiguas en punto al sujeto de la historia humana, estriba en que, mientras éstas consideraban como único sujeto al individuo, en la representación de las personalidades salientes (genios, hombres providenciales, talentos, etc.), aquellas tienden á considerar como verdadero sujeto agente del movimiento histórico á la colectividad, de quien derivan todos los individuos, por superiores que parezcan, y sin cuyo concurso no se explica, ni la obra de éstos, ni aun su aparición en

(1) El presente estudio se ha publicado con anterioridad en la *Revue internationale de Sociologie* (Junio, 1898). Al imprimirse ahora en castellano, se le han añadido algunas notas.



el mundo (1). Ya hemos visto, en el capítulo anterior, los precedentes de este problema en la doctrina de Abenjaldún, que precisamente se caracteriza por su posición en gran manera armónica. Modernamente, por el contrario, la oposición al antiguo individualismo, hubo de acentuarse, amenazando con excluir toda solución opuesta ó que limitase en algo sus afirmaciones decisivas.

Pero cuando las doctrinas de Macaulay, Spencer, Kidd, Lombroso, Lamprecht y otros autores parecían más sólidamente triunfantes, y aun llegaban, en discípulos de segundo orden, á conclusiones extremadamente radicales, hé aquí que se levanta una reacción poderosa contra ellas, y que las arrinconadas teorías de Emerson y Carlyle vuelven á florecer, planteando nuevamente el problema.

La lógica de semejante reacción es natural é innegable; y como en la ciencia—cuando es seria y franca—las reacciones no suelen tomar aquellos caracteres de intransigencia y crueldad que en la vida política y religiosa son frecuentísimas, las nuevas tendencias representan, más bien que la afirmación de un radicalismo contra otro radicalismo, la simple reivindicación para el indivi-

(1) En mi libro *La enseñanza de la Historia* (2.<sup>a</sup> edición, cap. IV, páginas 190-204), he tratado especialmente este punto, y á él me permito remitir al lector.

duo de un papel importante en la historia, en concurrencia con el de la colectividad, que ya no niegan por completo. Verdad es que en el propio Carlyle, y en Emerson, como creo haber demostrado (1), la tesis en favor del genio, ó de los «representantes de la Humanidad», no era tan absoluta como se ha supuesto más de una vez, erróneamente. No tiene, pues, nada de extraño, que, en general, la única rectificación efectiva haya sido la de las exageraciones pre-científicas de algunos partidarios de la masa, imponiéndose hoy á la mayoría ciertas soluciones intermedias, preludiadas ya por Gobineau (2) y representadas modernamente por la teoría crítica de Guyau (3), según la cual, el genio, si bien condicionado y suscitado en parte por la sociedad real preexistente (la de su tiempo y la anterior), crea á su vez, en su inteligencia, una sociedad idealmente reformada—mediante la reflexión interna de los mismos términos de la realidad presente—y reobra sobre la masa, merced á la síntesis nueva que

(1) *La dictadura tutelar en la Historia*, cap. V. (En mi libro *De Historia y Arte*, Madrid, 1898.)

(2) *Essai sur l'inégalité des races humaines*, t. IV.—*Conclusion générale*, págs. 323-4.—Es curioso el novísimo predicamento que alcanza ahora en Alemania este autor, olvidado durante mucho tiempo. Acerca de sus doctrinas, véase *La enseñanza de la Historia*.

(3) *L'art au point de vue sociologique*, pág. 30 y siguientes, y en especial, las 42-45.



le ofrece del propio espíritu colectivo, que á todos es común; ó por las conclusiones de Schilder (1), conforme á las cuales el genio no es el único factor de la historia, aunque, si viene preparado por precursores individuales y por el estado de la conciencia social, trae á su vez algo propio que él sólo sabe hacer.

Está fórmula de conciliación marca en términos generales el estado del problema (2), y á la

(1) *Ueber die Bedeutung des Genius in der Geschichte*. Leipzig, 1894.

(2) BIBLIOGRAFÍA.—Mantenedores de la antigua teoría individualista: Emerson, *Representative men* y *Essays*; Carlyle, *Los héroes*; Hegel, Prefacio de su *Filosofía del Derecho* (cf. el estudio que de las ideas de Hegel en este punto hace Fouillée, *L'idée moderne du droit*, libro I, cap. V, poniendo en relieve la contradicción en que parece caer Hegel, y que, en rigor, expresa una atenuación de sus primeras afirmaciones); Stuart Mill, *Système de logique* (cf. el análisis de su idea por Lombardo-Pellegrino, en el artículo que luego se cita); Aly, artículo sobre el *Materialismo en la Historia* (en *Preussische Jahrbücher*, Bd. LXXXI, H. 2, 1895); H. Prutz, *Die Popularisierung der deutschen Geschichte* (en *Beilage zur Allgemeinen Zeitung*, 1895); Lombardo-Pellegrino, *L'«Uebermensch» nella società e nel diritto* (en *Riv. scientifica del Diritto*, 1897, fasc. VI-VII); Rachfal, *Sobre una teoría de la ciencia colectivista de la historia* (en *Jahrbücher f. Nationalökonomie und Statistik*, 1897, H. 5) y las obras de Lehmann, Schaefer y los discípulos de Ranke.

Como defensores de la personalidad de la masa, Macaulay, *Ensayos sobre Dryden* y sobre *Historia*; Spencer, *Sociología*; Gumpłowicz, *Derecho político filosófico y Prejuicios políticos: ilusiones del sentido en la sociedad* (artículo en la *Revista de Derecho y Sociología*, Madrid, 1895); Lombroso, *L'uomo di genio* (la 6.<sup>a</sup> edición

vez, y sobre todo, el camino que deben llevar de hoy en adelante las investigaciones, dirigidas, no á negar ó afirmar sistemáticamente la influencia del genio y de las colectividades en la historia, sino á discernir cuáles elementos aporta, ó sea, qué grado de actividad pone cada uno de esos

de este libro, completamente reformada, acaba de publicarse: Torino, 1897); P. Mougeolle, *Les problèmes de l'histoire*; Bourdeau, *L'Histoire et les historiens*; Metchnikoff, *La civilisation et les grands fleuves historiques*; Kidd, *La evolución social*; Labriola, *Del materialismo histórico*; Letelier, *¿Por qué se rehace la historia?*; Lamprecht, *El individualismo y la fuerza del socialismo psíquico en historia* (en *Jahrb. f. Nationalökonomie und Statistik*, 1897, H. 6), los artículos anteriores en la *Deutsche Zeitsch. f. Geschichtswissenschaft* (1896-1898), en la *Zeitsch. f. Kulturgeschichte*, y en otras revistas. Véase también su folleto *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft* (Berlín, 1896). Deben confrontarse estos trabajos con las críticas de Rachfal, Finke, Schnürer y Oncken, publicadas en diferentes revistas alemanas.—Se consultará con fruto el artículo de Pirenne, *Une polémique historique en Allemagne* (*Rev. historique*, Mayo-Junio, 1897), el de Earley W. Dow, *Features of the new History* (*The American Histor. Review*, Abril, 1898), que trae abundante bibliografía sobre Lamprecht y sus críticos, y el reciente libro de Luzzatto, *Storia individuale e storia sociale*.

A estos autores, perfectamente caracterizados, han de añadirse otros que, como Guyau, Schilder y Blondel, representan una posición intermedia, como rasgo principal.

Véanse también: Turck, *Der geniale Mensch* (Jena, 1896); Ch. H. Cooley, *Genius, fame and the comparison of Races* (en los *Annals of the American Academy of Polit. and Soc. science*, Filadelfia, 1896); Fr. W. H. Myers, *The Psychology of Genius* (Memoria leída en el Congreso de Psicología de Munich, 1896); M. Halm, *Die Liebe des Uebermensch* (Leipzig, 1897); Odin, *La genèse des grands hommes* (Paris, 1896). Cf. su crítica por H. Joly



factores, y qué ley rige la influencia y reacción mutuas que entre ambos se producen.

Semejante posición racional del problema es la que resulta, al fin y al cabo, de las discusiones del último Congreso de historiadores alemanes, celebrado en Innsbruck. Las rectificaciones de

(en *Rev. philosophique*, Noviembre, 1896. Joly es autor de un libro de *Psychologie des grands hommes*, que no conozco); Max Nordau, *Psychologie du génie et du talent* (trad. fr. París, 1897); K. A. Gerhardt, *Das Wesen des Genius* (Berlín, 1897); L. Berg, *Der Uebermensch in der moderne Litteratur* (Munich, 1897); M. F., *El genio* (en *Bibl. Warszawska*, tomo 231, núm. 7, artículo contra las teorías de Moreau y Lombroso respecto de la anormalidad del genio); N. Plá y Deniel, *El hombre de Estado* (en la *Revista jurídica de Cataluña*, Diciembre del 96 y Febrero del 97); J. Torné Alerany, *La psicología social* (en la misma *Revista*, 1896); P. Groussac, *Génesis del héroe* (en *La Biblioteca*, de Buenos Aires, núm. 8, Enero, 1897); Unamuno, *Sobre el cultivo de la Demócra* (Conferencia en el Ateneo de Sevilla, 1897); G. Blondel, *Le Congrès des historiens allemands à Innsbruck* (en *Rev. historique*, Nov.-Déc., 1897) donde se da cuenta de las discusiones entre De Scala, Gothein, Schmoller, Hartmann, etc.; Dr. W. Hirsch, *Genio y degeneración*, con introducción del profesor E. Mendel (hay traducción inglesa, de la 2.<sup>a</sup> edición alemana: London, Heinemann). Nietzsche trae también, en su *Crepúsculo de los ídolos*, algunas consideraciones, que más adelante extractamos, sobre el papel de los genios. Pueden consultarse igualmente: los *Discursos á la nación alemana*, de Fichte; las *Lecciones* y otros escritos de Schelling, por lo que toca á la teoría de la historia como epopeya divina; las teorías sobre psicología colectiva de Lazarus, Fouillée, Schaeffle, Lilienfeld, Novicow, Le Bon, Fortoul, Tarde, Baldwin, etc., y las recientes traducciones anotadas, al francés y al alemán, de las obras de Carlyle y Emerson (por Izoulet, Pfannkuche y otros). En el libro de G. Richard que en el capítulo siguiente examino, se estudia también este problema; págs. 147 á 151.

Gothein y Schmöller á las teorías de Lamprecht, están muy lejos del radicalismo individualista de los discípulos de Ranke, de los *Jungrankianer*; y no niegan, en manera alguna, la participación del elemento colectivo en la obra social é histórica, como veremos (1).

Pero si esta es la conclusión general; si, repito, en el fondo casi todos los autores que han resucitado en nuestros días el problema llegan á establecer afirmaciones que pueden concordarse (es decir, reconocen que á la producción del movimiento histórico *concurrén* activamente, aportando elementos y energías necesarios y esenciales, el genio y la masa), las diferencias señálanse en cuanto se trata de determinar cuáles sean los elementos que proceden de la colectividad y cuáles los que aporta el genio: siendo preciso descender á este análisis para notar que muchas de las teorías aparentemente conformes—por representar en común la solución media ó armónica, más ó menos acentuada,—están real

(1) La cuestión aquí planteada no es, en manera alguna, simple. En el fondo de ella dibújanse otras, más fundamentales y profundas, si cabe, relativas al concepto sociológico de la historia de los pueblos (como se ve en Lamprecht) y al valor respectivo del factor ideal y del económico, base de las teorías del «materialismo histórico», con las cuales se enlaza, así como con la doctrina de la *Kulturgeschichte*, con que se iniciaron las discusiones entre Schaefer, Gothein, Lamprecht, etc. Véase mi *Enseñanza de la Historia*, págs. 138 á 159, y las *Adiciones*, 30-31 y 33-39, en *De Historia y Arte*.



mente separadas por grandes abismos. Si para comprobar esta observación tomamos como ejemplo las conclusiones de Fouillée, según el cual los genios son, en efecto, como dice Hegel, una «maravillosa armonía de la individualidad con la universalidad», pero ni son «los señores de la humanidad, ni los esclavos de la fatalidad, sino hombres libres», no limitándose «á resumir la edad futura,» ni á ser «reflejo sólo de lo que es y paciencia», sino «adivinación de lo que es é iniciativa» (1); las de Lombardo-Pellegrino, que afirma ser toda civilización «la idea de un hombre superior que triunfa y se sobrepone á la multitud», á pesar de lo cual hay que reconocer en él «sin duda, un producto del ambiente, en cuanto que posee un complejo de ideas, un *stock* intelectual, sacando de su época, de su país, de todo ese conjunto que Trezza llamó con frase feliz *clima histórico*» (2); las de Nordau, para quien «las naturalezas superiores tienen por función, no solamente inventar nuevos dibujos,

(1) Fouillée, *ob. cit.* págs. 67 y 73.

(2) Lombardo-Pellegrino, *loc. cit.*, págs. 419 y 438-39. Las afirmaciones consignadas en el texto se completan con estas otras: que el genio es «quien inventa», y los otros individuos los que «admiran, adoptan y realizan, vamos al decir, la encarnación práctica y técnica en las cosas exteriores, del original pensamiento» de aquél; el cual, no obstante ser «producto del ambiente», eleva su mirada desde aquel «complejo de ideas hacia adelante, y la revolución que viene luego... no se explica ya con (sólo) el clima histórico».

sino modificar de raíz los mecanismos de la gran fábrica que se llama humanidad»; pero que «sólo cuando las nuevas ideas se convierten en patrimonio común, cuando la lenta adaptación de la muchedumbre misonista se cumpla, sólo entonces será fácil para un «político», un «legislador», un «hombre de Estado»... realizar las ideas del genio (1); y en fin, las de un autor español, Plá y Deniel, según el cual, «así las concepciones más atrevidas, como las iniciativas más fecundas, como los hechos más gloriosos que la historia atribuye á las grandes individuales políticas, son siempre, de manera más ó menos directa, encarnación y reflejo de las ideas, cualidades y aspiraciones de las sociedades en que viven ó á las que gobiernan, por las que el sentir y obrar del Estadista está siempre condicionado; pero el Estadista, por su parte, cuando lo es de verdad, una vez se ha apoderado del pensar y sentir colectivo... al contornear y precisar la idea, que sólo de manera latente, muy vaga y nebulosa, existía en la colectividad, al darle realidad, al llevarla á la práctica, venciendo los obstáculos que siempre se oponen á toda reforma, el Estadista reobra entonces á su vez sobre la colectividad» (2); si tomamos como ejemplo estas conclusiones, repito,

(1) Max Nordau, *ob. cit.*, págs. 34-35 y 162-3, nota.

(2) N. Plá y Deniel, *Rev. jurid. de Cataluña*.—Febreiro, 97, p. 74.



nos parecerá ver que los autores coinciden en ellas con la solución armónica de Guyau, concertándose interiormente unos con otros (1), pero en realidad, van á parar á consecuencias muy distintas, que responden á sentidos completamente opuestos. Concretando las diferencias, hallaríase, en efecto, que los pensadores agrúpanse en dos bandos perfectamente caracterizados: el uno, por reducir la función de la colectividad á la de mero ejecutor de los dictados del genio, respecto del cual está en la relación del brazo al cerebro, incluso en la necesidad que el cerebro tiene del brazo para realizar externamente sus impulsos; el otro, por suponer engendrado el genio en las corrientes colectivas de la época que, siendo su causa original, aunque no todo su contenido, suponen una cierta colaboración intelectual de la masa, que no recibe por primera vez la buena nueva del hombre superior, sino que la conoce ó

(1) Lo mismo pudiera decirse de Nietzsche, quien, en el párrafo titulado *Mi idea del genio*, de la obra *Crepúsculo de los Ídolos* (v. la trad. fr. en la *Revue Blanche*, 15 Sep. 97, págs. 40-10), á la vez que afirma ser los grandes hombres «como materias explosivas en que está acumulada una fuerza enorme», siendo su hipótesis «histórica y fisiológica», de modo que cuando «la tensión de la masa ha llegado á ser demasiado grande, basta la más leve excitación para que aparezcan en el mundo el «genio», el «acto, el gran destino», parece á la vez reobrar contra la teoría del medio, y reconoce que los «grandes hombres» se convierten, casi siempre, «en amos, en únicos amos de su época», como Napoleón.

la presente de antemano, con más ó menos precisión, y está, así, preparada previamente á secundar el esfuerzo, el impulso, que de su representante ideal procede.

A primera vista, parece que volvemos á caer en las oposiciones primitivas del problema, retrocediendo en el camino (1); pero el hecho verdadero es que cada autor se fija únicamente en tal ó cual cuestión de las varias en que se desdobra interiormente la general del sujeto histórico. No es lo mismo, en efecto, lo que estrictamente se llama «la psicología del genio» (dedicada á determinar cuales sean las funciones psíquicas que caracterizan, por su desarrollo exclusivo, ó predominante, ó equilibrado, al genio, tomado como sujeto aparte: Lombroso, Nordau, Hirsch v. gr.), que el estudio de la producción genética de los elementos intelectivos, ó de otra clase, que da la conformación psíquica del genio (si son completamente originales, nuevos, ó heredados en parte, ó pura síntesis de estados colectivos anteriores ó presentes), ó que la fijación de la manera cómo el genio, ya sea original, ya producto de su época, agita é impulsa á la colectividad y cómo

(1) Así inducen á pensar, tomándolos aisladamente, algunos párrafos del estudio de Lombardo-Pellegrino—que es, en efecto, el más radical de los tratadistas defensores de la originalidad del hombre superior;—y lo mismo pudiera notarse en otros representantes de la reacción individualista.



ésta coadyuva y completa la impulsión del que la representa ó la sobrepuja.

Dejando á un lado la «psicología del genio», y concretándonos á las dos otras cuestiones (1), no tiene duda que, cualquiera que sea la solución de la segunda—es decir, ya se piense con Spencer y Kidd que los grandes hombres son un mero producto de la sociedad en que viven y á esto deben el influir en ella, ya se crea con Lombardo Pellegrino y con el mismo Nordau que son, ante todo, espíritus originales, no resumen de un estado anterior y contemporáneo, sino comienzo de nueva época ó edad en el mundo,—la tercera cuestión queda completamente intacta y abierta á las mismas soluciones contrarias, sin que sea preciso seguir en ella forzosamente la solución dada en la cuestión anterior; ya que, de todos modos, el genio, de alguna manera ha de buscar la *realización* de sus ideas—el hecho histórico, «la acción»—y en este camino, tanto puede creerse que la colectividad es sujeto pasivo,

(1) La cuestión de los «derechos del genio», que estudia Fouillée, *loc. cit.*, es secundaria, y análoga á la de la moral de los grandes hombres, que tanto se ha discutido con relación á Goethe. Ocioso será advertir, por otra parte, que, en rigor, las tres cuestiones que distinguimos pertenecen á la psicología del genio. Pero, generalmente, sólo se da este nombre al estudio del individuo genial considerado aisladamente, como un producto caracterizado, ó al de las notas fundamentales de la especie, para distinguirla del hombre común, ya como fenómeno normal, ya como caso teratológico.

arrastrado sin voluntad propia por el genio (según parece creer Lombardo), único agente de la idea, de la fuerza, del movimiento, como afirmar con Nordau, v. g., que toda iniciativa es estéril mientras no queda asimilada por la colectividad y ésta la realiza como *cosa propia*: conclusiones que no pueden ser más diferentes, sobre todo si se piensa en las consecuencias que traen consigo para la política y gobierno de los pueblos.

Pues bien; la confusión entre las soluciones de la segunda cuestión y de la tercera, dándolas, ya como abrazando á una y otra, ya como aplicables al problema entero, es lo que produce realmente las diferencias de sentido en los más de los casos, y esa vacilación constante entre afirmaciones opuestas que se advierte en muchos de los autores. Todavía hay más: el planteamiento imperfecto del problema, que supone no verlo en su integridad, se complica con la falta de fijeza en uno de sus términos esenciales. La colectividad—la masa, que también se dice—no es para todos lo mismo. Hay en esto un equívoco análogo al que se nota en los políticos con la idea del llamado sufragio *universal*. Para Macaulay, para Spencer, para Nordau, la colectividad comprende la nación entera, ó la humanidad entera de una época, no sólo la minoría intelectual, culta; mientras que Kidd, cuando habla de la formación del pensamiento científico (pág. 263-4), manifiesta-



mente se refiere á esa minoría, á los técnicos, entre los cuales hay hombres de todos los grados, de muy distinta y variable fuerza intelectual, pero que se distinguen de la masa en la educación particular de sus facultades. Lombardo-Pellegrino advierte esta diferencia, y la quiere aplicar á la resolución del problema, según su punto de vista: «Sin duda—escribe—Newton se liga con Keplero, y Keplero algo también á todas las observaciones astronómicas desde los Caldeos á Tycho-Brahe. Pero son en substancia los sabios quienes se relacionan entre sí, son los magos los que se ligan á los sabios. La multitud (*la folla*) no entra aquí para nada.»

Despreciando por el momento la parte (sin duda enorme) de conocimiento vulgar que entra en las elaboraciones científicas de los técnicos—como en la de los artistas—y que si pudiera pesarse exactamente ampliaría sobremanera la simple cadena de *sabios*, que se supone son los únicos y originales agentes del progreso científico (1),

(1) Véase el artículo de D. F. Giner de los Ríos, *La science comme fonction de la société*, publicado en los *Annales de l'Institut International de Sociologie*, tomo IV, 1898, donde, partiendo de la teoría de las dos formas de la actividad en los seres—la *difusa* y la *concreta*, ó especificada, de los órganos diferenciados,—estudia la concurrencia de los especialistas y del todo social en la obra científica, apoyándose en los trabajos de Fouillée, De Greef, Gunpłowicz, Fairbanks, Kidd, Worms, Le Bon, y sobre todo, Tarde y Schäfle.

y conformándonos por el momento también con la apariencia más saliente de las cosas, ocurre desde luego observar que, si en las esferas de la especulación científica cabe decir que son los sabios los que se derivan unos de otros, sin que la multitud intervenga en este proceso genético, no puede decirse otro tanto de aquellos órdenes prácticos de la vida que á todos tocan (como la política, el derecho), y en que el elemento decisivo es, al fin y al cabo, el *filisteo*, como dice Nordau, el *bonnet de coton*, «el honorable Pedro ó Pablo», los «tenderos», de que habla Macaulay (1). En uno y otro caso, hay «colectividad», de quien depende el genio: unas veces será colectividad de pares, restringida, corta en número relativamente, comprensiva de la minoría intelectual de cada país (y no sólo de los *eminentes*, sino, como observa Kidd, de todo «el ejército de traba-

(1) *History*. Vol. I de los *Miscellaneous writings*.—Es muy frecuente el error de creer que el iletrado, el que no ha ido al Instituto y á la Universidad, el que no lee, nada sabe, ni piensa acerca de las múltiples cuestiones de la vida. No pensará acerca de la cuadratura del círculo, ó de la teoría del organismo social; pero lo que es en punto á las cuestiones que se reflejan en soluciones prácticas, en relaciones jurídicas y de conducta, no sólo piensa, sino que, muy á menudo, sabe más y puede más que el sabio de gabinete. Díganlo nuestros aldeanos pleiteadores, ladinos, agentes electorales, «abogados de secano», como les llama el vulgo, Licurgos rurales, que dan quince y raya al más avisado curial. Y hasta en las más abstrusas cuestiones, llega á decir Schäfle que hay una metafísica vulgar.



jadores» de segunda y tercera fila, que producen cantidades no despreciables en la labor científica y tienen su función propia, auxiliar, pero insustituible para el genio); otras veces sera colectividad más amplia, *universal* como se dice en el sufragio, ó poco menos, y á la cual no hay que concebir estrechamente—según se inclinan á hacer las teorías democráticas modernas—como agente activo del gobierno y la administración públicos, del Estado oficial, en el sufragio, en el jurado, en el ejército, etc., sino en aquella más difusa y tal vez más eficaz acción que proviene de la vida jurídica toda, del Estado jurídico á que todos pertenecemos y en que todos colaboramos.

Según se tome, pues, el término «colectividad» en uno ú otro de estos diversos sentidos expuestos, modificará de manera diferente las cuestiones en que se le haga intervenir, y dará una resolución más ó menos exacta, según la propiedad particular con que en cada caso fuese aplicado. Elequívoco que esta falta de distinción produce en los autores (como en Lombardo-Pellegrino se advierte), desaparecería con sólo distinguir el valor del término «colectividad» en cada uno de los casos, con objeto de que una afirmación ó una negación no adquiriese, erróneamente, alcance mayor del que el mismo autor quiso darle.

Volviendo ahora á nuestro punto de partida,

forzoso será insistir en que la resolución que se dé á la cuestión genética del hombre superior, no prejuzga en manera alguna la de su valor propio *presente* y de su acción sobre la colectividad contemporánea y futura. En esta independencia de ambas cuestiones estriba que partidarios tan acérrimos como Emerson, Carlyle, Hegel (y su discípulo Bauer), Nordau, etc., de la sustantividad del genio, afirmen, no obstante, según hemos visto, la necesidad de la concurrencia de la masa para la efectuación del pensamiento de aquél. Lombardo Pellegrino tiene razón en decir que «cuando me hayáis establecido una investigación genética, merced á la cual se llegue, por ventura, á saber que los individuos superiores son á su vez efecto de las causas sociales que prepararon y formaron su temperamento, su carácter... con esto no me habreis destruido, ni disminuido el hecho característico de la personalidad de los grandes hombres y de la influencia original é inicial de los mismos» (1). Pero lo que el escritor italiano no ve es que la posición respectiva de la colectividad y el hombre superior cambia mucho, de ser éste un sér desligado, único, original, que

(1) *Loc. cit.*, pág. 434. Es, en el fondo la idea de Schaefer, para quien el historiador no debe descuidar el estudio del medio, «sin el cual no comprendería los individuos», pero «no hay verdaderamente hechos históricos, sino cuando el acto individual se eleva por encima de los actos uniformes é insignificantes de la masa.»



saca toda su sustancia de sí propio, y que impone su pensamiento desde un Sinai tonitruante á la colectividad despreciable y ciega, á ser un hombre de cualidades más desarrolladas y poderosas que los demás, pero ligado á ellos por los mismos lazos de solidaridad humana y de época, de coeducación y mutuo influjo, que forman el complejo social. Si realmente fuesen tan heterogéneos el genio y la masa como algunos suponen, no cabría la posibilidad de que aquel influyese en ésta (1). No pueden entenderse los que hablan distintos idiomas ó pertenecen á mundos completamente distintos. La condición, por el contrario, para que todos los hombres se relacionen entre sí, está en un cierto sentido común á todos, que permite el comercio de ideas y la transmisión de impulsos; por muy diferentes que sean luego, puestos á aquilatar el contenido de unas y otros, los valores respectivos de las definiciones é intenciones concretas que cada cual admite ó siente.

Por último, conviene no olvidar que es enteramente falso ese modo de concebir el organismo social que muchos tienen (2), como compuesto,

(1) Ya decía Lazarus que el genio obra sobre el pueblo merced á su comunión ideal con él, y por esto el pueblo le comprende.

(2) La posición particular—menos explícitamente armónica que los otros autores—que Lombardo-Pellegrino tiene en el problema del genio, responde en el fondo á

de un lado, por la masa homogénea, misoneísta, vulgar, y de otro por los genios, los «sabios» ó los hombres de extraordinaria voluntad: con lo que muy fácilmente se camina á confundir la masa con las últimas capas sociales, ignorantes, zafias, ineducadas, verdaderos *bonets de coton*. Lo reales, sin embargo, que la sociedad se compone de un agregado de círculos, que van, desde un mínimo de civilización (aun en los países más «civilizados»), por gradaciones apenas sensibles, hasta los productos más elevados del desarrollo cerebral; habiendo, pues, entre el genio y la masa inerte, que no tiene (se supone que no tiene) pensamiento propio, una larguísima serie de grupos, cuyo desarrollo cerebral forma los diversos escalones del talento y que se ligan inmediatamente al «individuo» superior, el cual se apoya en ellos y los necesita para su obra en el mundo. Si no se olvidase á menudo la realidad de este engranaje social, serían imposibles aquellas abstracciones que complican el problema de la relación entre el genio y la masa.

Todavía hay que advertir, como cuestión previa, una en la cual, á mi juicio, por falta de firmeza en los términos, se produce el más grave quizá de los equívocos que dividen á los autores. Me refiero al valor y á la necesidad del acto *indi-*

una negación de la teoría organicista. V. páginas 437 á 39 y 441.



*vidual* en la vida. Tratándose de actividad social, existe una afirmación común, de la cual deben partir todas las doctrinas, á saber: que la persona social no puede obrar sino por representación, que forzosamente recae en los individuos; y en este sentido cabe decir que «la historia se compone de actos ejecutados por los individuos» (1), los cuales, no sólo son *necesarios*, sino imprescindibles é inevitables. La persona social, que existe por razón de su fin, de su idea, imprime indudablemente sello en sus miembros, que, en cuanto obran como tales, pierden la mera significación de su *individuo* y adquieren un valor especial, *representativo*; pero en el hecho, *positivamente*, el acto es individual. La experiencia diaria nos dice también que toda obra social se realiza por la iniciativa de uno ó de varios individuos (pocos y generalmente uno sólo); y que cuando falta esa iniciativa, esa actividad, aunque persistan el fin y la persona colectiva que lo representa, la obra decae ó se extingue. Constante es el ejemplo de partidos políticos que, no obstante ser numerosos, tener gran arraigo en la opinión y hasta contar en su seno muchos individuos de grandes condiciones intelectuales, viven, en rigor, de la actividad é iniciativa de uno solo, cuyos actos sirven de norma é impulso á los demás,

(1) Blondel, *loc. cit.*, pág. 330. \*

y que asume y absorbe la representación del fin colectivo. Frecuente es también el caso de asociaciones, comisiones ó juntas que, no obstante el acuerdo de todos sus componentes, nada hacen concretamente hasta que un individuo toma la iniciativa y se decide á la *acción*. Grandes empresas sociales que parecían vivir de un amplio *substratum* colectivo, se han malogrado de pronto, al faltarles el brazo y el cerebro de su director. Finalmente, sabido es que las más sabias y prudentes reformas dependen en absoluto, en cuanto á su éxito, de los individuos llamados á realizarlas; y así, la regeneración de la enseñanza pública en cualquier país, por muy racionales y minuciosas que sean las leyes y las instrucciones que para lograrla se dicten, será un éxito ó un fracaso, según escojan para la acción hombres de actividad, de cultura, de voluntad firme y honrada, ó medianías indolentes, frías, apocadas ó falta de acometividad.

En esto tienen razón los individualistas; pero todavía esto no resuelve el problema. La necesidad de la *representación* en la persona social, y, por tanto, del acto individual, no nos dice nada acerca de la *autoctonía* del individuo, de su independencia y originalidad con respecto á la masa. El problema consiste precisamente en esto: en determinar *por qué razón y con qué carácter y funciones* un individuo asume la actividad social



y convierte en obra propia la obra colectiva, y en qué relación se hallan, cuando tal hace, los elementos exclusivamente *suyos* que aporta y los que *recibe*, en virtud de representación, de la persona social, es decir, del fin, de la esencia de ésta, establecido por una concurrencia anterior de determinaciones individuales; ó de otro modo, en averiguar si el valor de sus actos procede exclusivamente de sus condiciones individuales, ó de que en él se concreta toda la idea colectiva que entiende, penetra y siente mejor que los otros, pero que no es suya, que no *inventa* él, sino que recibe, en mayor ó menor estado de desarrollo, y á la cual aplica sus cualidades prácticas, su aptitud especial para la acción ó para la dirección intelectual, unitaria é impulsiva, que hace mover á los demás, inertes de suyo. Así cabe admitir las ideas de Gothein en punto á la importancia del elemento individual y á la parte preponderante que los grandes hombres tienen en la evolución de los pueblos, sin resolver en poco ni en mucho la cuestión sociológica y psicológica de la sustantividad del genio y de su relación con el espíritu colectivo, cuyo valor é importancia defiende Lamprécht.

Según esto, todas las cuestiones en que hemos visto se desdobra el problema general que estudiamos, vienen á concretarse en una que, desde el punto de vista práctico, es la más interesante.

A saber: dado que el genio tiene una función especial en la historia, y ejerce una influencia innegable, ¿á qué se debe la *eficacia* de su acción? ¿A la energía de su impulso individual, que moldea irresistiblemente á la masa, ó á una cierta preparación que ésta ha adquirido por propio esfuerzo, oscuro é irreflexivo, si se quiere, y que la coloca en situación de secundar *voluntariamente*—única manera de que la acción sea sólida—la iniciativa del genio? ¿O bien, éste obra por sugestión sobre la masa, sobre los demás individuos, creando en ellos estados de conciencia que son puros reflejos, que no han tenido una elaboración personal previa en cada uno, pero que los arrastran con la ilusión de moverse por propio impulso y, por lo tanto, son obra efímera que se desvanece así que cesa la causa de la sugestión?(1)

(1) También aquí debe hacerse una salvedad. Proponemos á tener por uniformes y absolutos los movimientos sociales preponderantes en cada momento histórico, sin advertir: 1.º, que jamás es unánime la opinión, sino que, por bajo de la que aparece triunfante, existen siempre otras que, con frecuencia, constituyen, sumadas, la mayoría; 2.º, que por lo general, los movimientos (aun los más difusivos, como son los políticos) no comprenden sino una *minoría*, en relación con la masa social, quedando millares de individuos fuera de la acción de la corriente, ó por no alcanzarles y permanecer pasivos, ó por rechazarla. De modo, que la hipótesis de una sugestión completa del cuerpo social por un individuo, es pura ilusión, que viene á desvanecerse, á veces, por el efecto de una corriente contraria.—El problema está en otra cosa. A la mecánica social toca averiguar por qué, de hecho, *gobierna* siempre una minoría.



La trascendencia de semejante cuestión es enorme, por lo que toca á la vida práctica, y sobre todo á la vida jurídica, pues que trae aparejado consigo este otro dilema: ¿se puede *imponer* á la colectividad cualquier idea, cualquier «acción», manejándola como masa amorfa, indiferente, ó hay que contar en cada momento, como dato ineludible, con el estado psicológico de ella? La resolución que á este dilema dan los autores no es, como hemos visto, unánime ni concluyente. Para unos, la fuerza del genio nace de su conformidad con el «clima histórico», con el estado latente de las conciencias, y por tanto resultaría estéril si no contase con esa colaboración de la masa en la obra común; para otros, la fuerza procede de él sólo, y la colectividad no hace más que plegarse á sus dictados y dejarse llevar; para algunos, en fin, ésta, enteramente ajena en un principio á la idea *nueva* del genio, va lentamente recibiendo, asimilándose, hasta que la hace suya, y sólo entonces llega el momento de la «acción».

Ahora bien; procediendo sincera y serenamente, como pide la ciencia, me atrevo á creer que ni el estado de nuestros conocimientos acerca de la psicología social, ni el de los que se refieren al estudio histórico de los diferentes casos que suelen citarse para probar el valor excepcional de los genios en la historia (y particularmente en la

política), autorizan á dar una contestación definitiva—si lo definitivo es posible en la ciencia humana—al problema del sujeto histórico. La contestación no podrá lograrse, sino después de haber estudiado minuciosamente, con absoluto rigor de crítica histórica, todos estos casos de influencia genial, de dictadura, de tutela de pueblos, que con extraordinaria vaguedad suelen alear los autores. Nada más común que oír citar en las discusiones, indistintamente, á Moisés, á Masinisa, á Sertorio, á César, á Teodosio, Mahoma, Carlomagno, Abderramán I, Alfonso el Sabio, los Reyes Católicos, Federico de Prusia, Napoleón y otros muchos, que en la opinión vulgar tienen la consideración de genios y de directores de pueblos; pero ninguno de estos ejemplos puede tener valor científico, mientras no se presente como resultado de un estudio monográfico, en que se depure la verdadera significación que tuvo y la verdadera obra realizada por el grande hombre. El problema es puramente histórico, de observación; y maravilla que, siendo así, se le haya querido resolver mediante anticipaciones sin base sólida de ciencia positiva; apoyadas tan solo en generalidades y en el saber tradicional de la historia, demasiado vago en estas cuestiones y que exige una comprobación rigurosa conforme á los principios de la ciencia moderna. Hay que empezar investigando y esclareciendo el ori-



gen de las más célebres dictaduras é influencias geniales de otros tiempos; el efecto que causaron, al producirse, sobre la colectividad; los medios de que en cada caso hubo de valerse el genio para cumplir su misión; el grado de poder de que hiciera uso; la actividad que la masa desarrolló durante la dominación del héroe ó genio; la manera cómo éste se sirvió de ella; el resultado útil que produjeron sus medidas; el tiempo que duró la influencia de estas; por qué causas y en qué medida fué degenerando el poder del grande hombre; la suerte ulterior de sus iniciativas y reformas... Y después de conocido todo esto, concretamente, en cada uno de los casos históricos que se aducen como tópicos de discusión, es cuando se poseerá un caudal suficiente de saber positivo para deducir la ley de la relación que ha existido hasta hoy entre el genio y la masa, y cuando se podrá incorporar sólidamente "el conocimiento histórico (1) á los estudios de psicología social que en otro sentido se cultivan.

Podrá objetarse á esto que no es posible averiguar todo lo histórico; que hay muchos fenóme-

(1) Tal es, en el fondo, la tesis desarrollada por L. M. Hartmann en el Congreso de historiadores de Innsbruck, á juzgar por el extracto de Blondel, y tal era el propósito de la Sección de ciencias históricas del Ateneo de Madrid, presidida por el Sr. Costa, en la serie de conferencias sobre *La dictadura tutelar en la Historia*, inaugurada en 1895.

nos importantes en la vida de los pueblos (especialmente de los antiguos) inaccesibles á la depuración erudita, por falta de testimonios; y que, aun en los más accesibles, hay, tal vez siempre, una parte, precisamente la más íntima, la más esencial en la historia interna, completamente oscura para el observador no contemporáneo, que carece de medios para conocerla. Aun descontando de estas afirmaciones lo mucho que los estudios históricos pueden todavía dar de sí, ya que las fuentes no han sido examinadas bajo todos los puntos de vista que hoy entendemos corresponden á la ciencia histórica, y siendo absolutamente inexacto que esté agotado el conocimiento de ellas, es muy posible, en efecto, que nuestra curiosidad quede chasqueada en no pocos casos. Serán estas lagunas inevitables en nuestro saber histórico; ante ellas, al investigador sincero no le cumple más que confesar su impotencia y poner un interrogante; pero nunca le autorizarán á sustituir el conocimiento real por una hipótesis que se convierte pronto en afirmación, ó por una fantasía que pretende resolver todos los problemas. La primera virtud del científico será siempre esperar trabajando, sin precipitaciones.